

de examinadores extraños, sino que puede con libertad elaborar su propio pensum de estudios. ¿Qué sucedería en esos países de Occidente, si al enviar el Estado examinadores a los planteles privados, todavía les exigiera que sufragaran los gastos?

**J**OVENES Y MAS JOVENES. Llama la atención de quien se fija breves momentos, la cantidad de jóvenes regados por las calles de Caracas. Se los encuentra en todas las esquinas. Pero es mayor la extrañeza cuando se observa las actividades que desarrollan.

En general, sanos y robustos, unos venden billetes de lotería; otros peines y alfileres; junto al Correo, sobres aéreos; más allá, lápices de tinta; aquí muñecos y tijeras; allí termómetros y cuadernos de dibujo y frutas y periódicos... La lista de objetos es interminable como el número de jóvenes que los venden.

Honda tristeza causa el espectáculo a quien ahonde en él un poco. Porque esos jóvenes no están preparados para la lucha de la vida.

No saben un oficio ni quieren aprenderlo.

No hacen un esfuerzo ni quieren empeñarse en ello.

No trabajan ni quieren trabajar.

Con esta actitud ante los problemas futuros es evidente que no puede pensarse en honestos ideales. Quienes así pasan sus mejores años en indolente y aparente actividad, sin oficio ni beneficio para el mañana, cierto que no podrán ser ni honrados padres de familia, ni diligentes trabajadores ni probos ciudadanos.

Decimos que la patria necesita brazos y los brazos de sus propios hijos se entumescen en vergonzosa inactividad. Repetimos que el futuro venezolano está en el reflorecimiento del campo y en éxodo creciente colman los campesinos nuestras ciudades.

Y a veces nuestra crítica quiere ensañarse en los inmigrantes, porque con su mejor preparación, con su afán de trabajo y su actividad infatigable (a veces excesiva) van arrinconando a los nativos y reduciéndolos a nivel inferior.

Pero todo esto depende en gran parte de la actitud ante el trabajo; por que si los unos lo aman y se entregan a él con febril interés, los otros lo aborrecen y abandonan con criminal desidia.

¡Pobre patria nuestra, donde miles de jóvenes en plena pujanza, se preparan para el porvenir en brazos de una esterilizante flojera!!! Grave problema que debe inquietar sobre todo a las autoridades públicas.

**H**A CAIDO ROJAS PINILLA. Y sobre el caso han llovido denuestos y diatribas, que creemos sinceramente excesivas.

Lo podemos decir nosotros los que no le tributamos incienso, cuando hace meses fulgía aún su estrella; y los dos primeros magistrados de Colombia y Venezuela se abrazaban en el Puente Internacional.

Ni ayer era tan bueno, ni hoy tan malo. Cayó porque no alcanzaba la estatura moral que requería la alta empresa que acometió: poner paz en una nación enferma de politiquería, donde la pa-

sión de los partidos llevó a una mal disimulada guerra civil.

Las dictaduras se justifican, precisamente, cuando el cuerpo social se halla enfermo, y precisan cauterios radicales. Pero las dictaduras —en estados de concepción democrática y no totalitaria— son episodios pasajeros, cuya meta es el retorno a la normalidad constitucional.

Si Rojas Pinilla excedió en el uso de la represión, si trató de enriquecerse con los bienes del Estado, si se aficionó en exceso a la silla presidencial, no nos corresponde juzgarlo con la seguridad que reclama la historia, por lo reciente de los sucesos apasionados y violentos de la hermana república. Con todo, algo parece probar el que Colombia entera: clero, intelectuales, estudiantes y obreros rechazaron la reelección de Rojas Pinilla; y se ha derrumbado en América una Dictadura más.

No participamos en exceso del optimismo con que algunos juzgan que, caída la dictadura, amanecerá el esplendoroso día del civilismo. Dudamos de que Colombia haya curado del sarampión político. Es verdad que los jefes de ambos partidos rivales —liberales y conservadores— parecen marchar por el momento unidos hacia un ideal de convivencia. Esta consecuencia, si fuera verdadera, sería un bien indudable del interregno dictatorial de Rojas Pinilla.

Mucho se puede temer que sobrevengan en Colombia días de incertidumbre y desorientación, muy similares a la Argentina. Nosotros que admiramos su cultura, lamentamos el anquilosamiento de los partidos políticos colombianos. En el mundo entero el sector extremista del liberalismo derivó al socialismo; y el sector más progresista del conservatismo se proclamó partido social-cristiano o demócrata-cristiano. La férrea cerrazón de dos únicos partidos podrá tener sus ventajas y hasta sus méritos, pero contribuye a la exacerbada tensión política, que padece Colombia.

Nosotros pedimos para Colombia: armonía, convivencia, olvido de las mutuas ofensas, caridad cristiana. Encontramos contagiada de virus partidista cierta prensa caraqueña, al comentar los sucesos de Colombia. No podemos menos de calificar de pueril un largo reportaje de *Elite*, en su entrega del 18 de Mayo. Pareció un cuento de niños donde se debaten el bueno y el malo. Todo lo bueno, lo santo, lo culto, lo generoso, a veces lo ingenuo, es liberal. Todo lo malo, lo mezquino, lo bárbaro, lo maquiavélico, es conservador.

El bogotazo no existió. Los bandoleros liberales eran unos infelices acorralados e inofensivos. Si el espíritu de los liberales colombianos está reflejado en Luis Buitrago Segura tendremos que predecir que esperan a nuestros vecinos días de tragedia. Tan brutal es la pasión, la ceguera y el odio de sus infantiles comentarios.

Ni Rojas Pinilla fué un monstruo; ni Laureano Gómez un Maquiavelo; ni Ospina Pérez un taimado; ni los jefes liberales varones intachables, dignos de un nicho en nuestros altares. Tal vez unos y otros son culpables de los vicios de la política; amaños electorales; condescendencias de compadrazgo y represiones apasionadas.